

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

6

hermano John

¿Necesitamos la Iglesia?

Dos mil años después de recorrer los caminos de Palestina, Jesús de Nazaret continúa suscitando el interés de nuestros contemporáneos. Tanto si le vemos como a un maestro de sabiduría, como al predicador de una religión purificada, enraizada en el corazón, o como a un visionario social que soñaba con un mundo fraterno, este personaje, prácticamente desconocido en vida, arrinconado en una provincia remota del Imperio Romano, todavía nos dice algo hoy, incluso a aquellos que no profesan fe alguna en Dios. El hecho de que su breve carrera terminara por una muerte violenta y vergonzosa no merma en nada su renombre: ocupa así su lugar en la línea de todos los que, desde

Sócrates hasta Mahatma Gandhi y Martin Luther King, lucharon valerosamente -¿y quizás en vano?- por un mundo mejor.

Hay que admitir que esta misma fascinación no se extiende a la institución que reivindica la herencia del Jesús histórico, es decir, la Iglesia cristiana. Manchada durante siglos por sus inconsecuencias, de las cuales la división en diferentes facciones no es sino la más notable, considerada a menudo como un fósil, fuera del curso de la historia, o como enemiga del dinamismo de la vida por sus prohibiciones, la Iglesia atrae con frecuencia el reproche de haberse apartado de las intenciones de su fundador. La célebre broma de Alfred Loisy (1857-1940), teólogo católico francés excomulgado en 1908, expresa una concepción bastante extendida en nuestros días: “Jesús anunciaba el Reino ¡y fue la Iglesia la que vino!”. Como consecuencia, son numerosos los que creen poder o deber vivir una vida cristiana sin referencia explícita a la comunidad organizada de los discípulos de Cristo. Su consigna es “Cristo sin la Iglesia”.

En estas páginas examinamos la pertinencia de esta afirmación. ¿En qué medida es la Iglesia necesaria para el proyecto de Jesús? ¿Es acaso un error histórico? ¿No tiene tan sólo una importancia relativa, al sostener la fe del individuo por su carácter colectivo y organizado, o es más bien esencial para el contenido de dicha fe? En cuyo caso, ¿cómo hacer resaltar más su importancia?

Las raíces del escándalo

Miremos en primer lugar las razones que motivan el rechazo de la Iglesia. En el lenguaje del Nuevo Testamento se trata de su cualidad de *skandalon*, vocablo que no equivale exactamente a nuestra palabra “escándalo”. Desde luego, a veces en la Iglesia estallan verdaderos escándalos, como cuando sus responsables malversan fondos para enriquecerse o son acusados de abusos sexuales. Estos actos notorios sacuden al público, puesto que están en contradicción flagrante con el contenido de la fe profesada por quienes los llevan a cabo.

Pero la palabra griega *skandalon* tiene un sentido más amplio. Literalmente quiere decir “escollo”, algo en nuestro camino que nos hace tropezar, que nos hace abandonar el buen camino, en resumen, que nos desvía. Aplicado a la fe, se refiere al desajuste entre lo que esperamos y la realidad vivida y, en consecuencia, nos sitúa frente a una alternativa.

En los textos del Nuevo Testamento que utilizan el sustantivo *skandalon* o el verbo de la misma familia, *skandalizô*, encontramos a primera vista dos usos aparentemente diferentes, uno negativo y el otro positivo.

Los términos se aplican en primer lugar a toda conducta incongruente en relación al Evangelio, que amenaza con alejar a alguien de la fe profesada. Tales actos y quienes son responsables de

ellos deben ser evitados (Romanos 14, 13; 16, 17), son obra del Tentador (Mateo 16, 23) y justifican la exclusión del Reino de Dios (Mateo 13, 41). Por ello, sería incluso preferible cortar la parte del cuerpo responsable de tales actos que realizarlos (Marcos 9, 43-48; Mateo 5, 29-30; 18, 8-9)

Pero he aquí toda una serie de textos que aplican estos vocablos a Jesús mismo y a su manera de vivir. Él “escandaliza” a los habitantes de Nazaret (Mateo 13, 57), así como a los fariseos (Mateo 15, 12), al pueblo judío en su totalidad (Romanos 9, 33), “a muchos” (Mateo 24, 10), e incluso a sus propios discípulos (Marcos 14, 27-29; cf. Juan 6, 61). Lo hace por encima de todo por su muerte ignominiosa (1Corintios 1, 23; Gálatas 5, 11). Jesús llega, incluso al punto de proclamar “Dichoso aquel que no se escandalice de mí” (Mateo 11, 6; Luc 7, 23)

A primera vista, nos inclinaríamos a suponer que los dos empleos de esta noción de “escándalo” son diferentes en su fundamento. Después de todo, los discípulos de Cristo llevan a error a los demás y lanzan el descrédito sobre sí mismos por su infidelidad al Evangelio, mientras que Jesús desconcierta por su comportamiento inesperado, tan diferente de lo que se esperaría de un emisario de Dios.

Las dos realidades tienen, no obstante, una raíz común: ambas brotan de la manera escogida por Dios para realizar su designio de amor. En efecto, más que transformar el mundo y eliminar el mal mediante actos cargados de poder, el Dios de la Biblia recorre un camino mucho más humilde y sutil. Se une a

la condición humana desde lo más bajo, entra en su creación discretamente, sin hacer ruido y sin violar la libertad de los actores, apostando por una lenta transformación desde dentro en lugar de operar un giro espectacular de la situación.

Es esta opción de base por parte de Dios la que fundamenta los dos tipos de escándalo. Precisamente porque Jesús no viene como maestro triunfante sino que lleva una vida en muchos sentidos ordinaria, y ante todo porque no resiste al mal por la fuerza humana, desconcierta a aquellos que esperan una intervención divina que cambiaría el curso de la historia –y su propia existencia– de manera sensacional. Cuando, en el umbral de su ministerio, Jesús lleva a cabo actos de curación para indicar la presencia de Dios que irrumpe en el mundo, atrae a las multitudes, pero rápidamente un gran número se decepciona al no multiplicarse tales prodigios. Y es que, a juicio de Jesús, los signos que él realizaba no eran nunca un fin en sí mismos, debían conducir a un cambio de mirada y a una actitud de confianza en él. Los que no estaban listos para dar ese paso resultaban rápidamente “escandalizados” por su aparente ineficacia. En el mejor de los casos, se volvían indiferentes, pero la decepción de algunos mudó pronto en una oposición activa.

Ahora bien, es esta misma humildad de Dios, su rechazo a imponer una solución por la fuerza, la que hace posible el “escándalo negativo”. Jesús confió su mensaje a sus discípulos, hombres y mujeres

sujetos a todos los límites que caracterizan la condición humana. Desde luego, les aseguró su apoyo permanente por la presencia activa de su Espíritu de vida (ver Juan 14, 15-16.26), incluso prometió estar con ellos “hasta el fin del mundo” (Mateo 28, 20). Nunca pretendió, sin embargo, cambiar su humanidad, hacer de ellos superhombres exentos de toda falibilidad.

Detengámonos un instante para considerar la increíble apuesta que representa esta opción de base. La lección de la historia de Israel a través de los siglos no dejaba lugar a la ambigüedad: la transformación de la sociedad humana en un reino de justicia y de paz no podía sino ser obra de Dios. Abandonados a su suerte, los humanos no harían más que enfangarse en sus propias inconsecuencias. La única esperanza verdadera se encontraría en una intervención divina totalmente inmerecida. Para los discípulos de Jesús, esta intervención tuvo lugar en la vida, la muerte y la resurrección del Maestro. Visto desde fuera, sin embargo, con una mirada atenta a las consecuencias verificables, el balance no fue formidable. El pretendido Hijo de Dios llevó una existencia más bien ordinaria, más allá de algunas curaciones en lugares remotos. Su pretensión de inaugurar el Reino de Dios se saldó con su muerte violenta y la dispersión de sus discípulos. Si bien más tarde algunos de los suyos pretendieron que no se había quedado en poder de la muerte, sino que había vuelto a la vida, forzoso es constatar que esta nueva forma de presencia

tuvo un impacto ante todo en la convicción de sus adeptos. Para el resto, la historia seguía tranquilamente su curso habitual, con su habitual rosario de toda suerte de males. El modo de actuar de Dios deja un sabor de incertidumbre y no comporta en absoluto la adhesión de los corazones de manera imperativa. Lo que podemos llamar “la lógica de la encarnación” sitúa a los humanos ante una elección que es cualquier cosa menos evidente.

La semilla y la levadura

¿Tenía Dios la intención de actuar así? La misión de Jesús ¿debía haberse realizado de otra manera? Un argumento determinante contra la tesis del fracaso viene del hecho de que, durante su vida terrenal, Jesús mismo hizo todo lo posible por explicar esta lógica desconcertante de Dios. Lo hizo sobre todo en esa parte de su enseñanza que la mayoría de los eruditos considera la más auténtica, a saber las parábolas. Según los evangelios, Jesús tenía la costumbre de transmitir su mensaje por medio de imágenes tomadas de la vida cotidiana, buscando no ya un consentimiento pasivo ante verdades abstractas, sino una toma de conciencia, una percepción activa de lo que estaba sucediendo. Dos de las imágenes clave de Jesús ilustran de maravilla esta manera divina de proceder que hace posible, incluso ineluctable, el *skandalon*.

La primera de esas imágenes es la *semilla*. Jesús

compara la venida del Reino de Dios a un sembrador que lanza sus granos por todas partes. Cuando esta semilla encuentra un terreno propicio, produce una cosecha abundante (Marcos 4, 3-9). Aún más, Dios viene al mundo para transformarlo de la misma manera que un grano de mostaza, casi invisible, acaba por convertirse en una de las plantas más grandes (Mateo 13, 31-32). Otras parábolas precisan este proceso. La semilla crece sola, por etapas; a pesar de su pequeñez, posee un dinamismo que lo transforma todo (Marcos 4, 26-29). Después, con el fin de cumplir su tarea, debe “caer en tierra y morir” (Juan 12, 24): su desaparición y su fracaso aparente son, paradójicamente, las condiciones de su eficacia.

Esta imagen se suma a otra, la *levadura*, que refuerza el carácter escondido y la potencia inexorable de la actividad divina: “El Reino de Dios... es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.” (Lucas 13, 20-21)

Tales parábolas describen la entrada de Dios en el mundo como un suceso minúsculo, prácticamente irreconocible, casi nada a los ojos humanos. Sin embargo, ese “casi nada” esconde un dinamismo que se apropia de los elementos del mundo para hacer de ellos algo inesperado. Sin hacer ruido ni atraer la atención, la actividad divina alcanza infaliblemente su objetivo (cf. Isaías 42, 2-4; 55, 10-11). Así, todo lo que el aire y la tierra pueden ofrecer es asimilado por el pequeño grano con

el fin de dar nacimiento a una realidad nueva e impresionante, un gran árbol. De igual manera, una pizca de levadura fermenta una pesada masa para cambiar por completo su aspecto. Estas imágenes describen una auténtica concurrencia entre dos elementos heterogéneos que da lugar a algo inédito y muy hermoso.

Jesús describe, pues, su empresa como la transfiguración progresiva de las realidades terrestres por una potencia escondida, interior. Esta potencia es ante todo la de su palabra (ver Marcos 4, 14), llevada por su Espíritu (ver Juan 6, 63); introduciéndose gracias a la escucha, esta palabra fermenta el corazón humano. Estas parábolas suponen la presencia de una materia más o menos refractaria y un periodo de transición más o menos largo. La imagen del grano de mostaza distingue dos tiempos, el crecimiento del árbol y, más tarde, la venida de los pájaros para anidar en él, mientras que la de la levadura sólo comprende uno, pero en ambos casos el resultado final es el mismo: una amplia y radical transformación a partir de “casi nada” en términos humano.

Ahora bien, es ese “casi nada” el que da lugar al *skandalon*. En primer lugar en Jesús. Confrontado por una parte a sus pretensiones y a su manera de actuar por la otra, su auditorio se veía necesariamente situado ante un dilema: este hombre, exteriormente tan desprovisto, ¿podría ser el Elegido de Dios, enviado para inaugurar el Reino prometido? La única respuesta positiva a este dilema consistía

en un acto de fe proveniente de Dios mismo, por el cual el creyente penetraba el revestimiento humano para discernir la identidad verdadera del Enviado. “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.” (Mateo 16, 17; cf. Juan 6, 44). Allí donde este acto de fe no sucede, aparece el “escándalo” y, “desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (Juan 6, 66). Pero allí donde el acto de fe tiene lugar, Dios echa verdaderas raíces en nuestra tierra: la semilla comienza a crecer, la levadura fermenta secretamente la masa. La comunidad de discípulos, es decir, de aquellos cuya fe sobrepasó las apariencias para ver a Dios actuando en Cristo Jesús, posee a partir de ahora “las llaves del Reino de los cielos” (Mateo 16, 19), y es por ella que el conjunto de la humanidad tendrá (o no tendrá) acceso a ese misterio de la presencia divina en el corazón de la creación.

La Iglesia en camino

Cuerpo de Cristo, re-presentación del Resucitado a lo largo de los siglos, la comunidad de creyentes sigue necesariamente la misma lógica de encarnación que su fundador. También ella es una realidad mixta, el punto en el que el Absoluto de Dios se encuentra con los límites de nuestro mundo. La diferencia esencial es que, mientras que la huma-

nidad de Jesús estaba enteramente al servicio de su misión – no había en él ningún obstáculo a la transmisión de la luz divina (cf. Juan 5, 30; 6, 38) – la de sus discípulos no goza de una transparencia tal. En efecto, nuestra condición humana está gravada por una ineludible dimensión de introversión: en lugar de estar plenamente abiertos a la Fuente, nos acecha la tentación permanente de buscar nuestro fundamento en nosotros mismos. De ahí que el lado humano de la Iglesia no se caracterice únicamente por la debilidad, sino por una vulnerabilidad que corre perpetuamente el riesgo de mudar en falsa autonomía o suficiencia.

La lógica divina refractada por la condición humana sitúa así a la Iglesia cristiana frente a un dilema, expresado por los dos tipos de *skandalon* que hemos examinado. Por una parte, si sigue fielmente las huellas de su Maestro, atraerá el reproche de no ser realista o exasperará por sus molestos posicionamientos. Y por la otra, en tanto abandone la senda estrecha de la imitación de Cristo para intentar “triunfar” según los criterios del mundo, su visibilidad -incluso y especialmente cuando ésta sea impresionante- ocultará su identidad verdadera. Cuando la Iglesia pone su confianza en lo que posee más que en Aquel al que sigue hacia un país desconocido, a la manera de Abraham (ver Hebreos 11, 8ss), cuando no imita ya la actitud de Moisés, “estimando como riqueza mayor que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo” (Hebreos 11, 26), deja de ser una traducción fiel del Abso-

luto divino en el corazón de las realidades terrenas. La ineficacia o la infidelidad: he aquí la alternativa infructuosa ante la cual la comunidad de creyentes parece condenada a debatirse.

Sin embargo, si miramos más de cerca veremos que estas dos maneras de ser han coexistido siempre en la vida del pueblo cristiano. Para retomar la imagen utilizada por Jesús, una parte de la masa se deja fermentar por la levadura del Evangelio, mientras que otra permanece más o menos refractaria. La línea de demarcación está continuamente en movimiento, no sólo pasa entre “la Iglesia” y “el mundo”, sino entre los diferentes sectores del pueblo cristiano, y en último término, en el interior de cada creyente. La Iglesia en su conjunto está perpetuamente tentada por la infidelidad a su fundador y, al mismo tiempo, constantemente sacudida por corrientes de una mayor autenticidad evangélica, comúnmente llamadas de “renovación” o de “reforma”. Estas últimas tienen siempre una fisonomía pascual, conllevan una muerte a sí misma y a sus miras demasiado estrechas para renacer, transfigurada por la novedad del Evangelio.

Si la comunidad cristiana se presenta necesariamente bajo un doble aspecto, siempre en camino, de ahí que toda tentativa de resolver sus problemas por la separación tiende a ignorar la verdadera dinámica que la anima. Frente a una Iglesia que parece pactar demasiado fácilmente con los poderes de este mundo en lugar de confiar en la fuerza paradójica del Evangelio, que parece debilidad a los

ojos humanos (cf. 1 Corintios 1, 18ss), es grande la tentación de abandonar la masa aparentemente infiel para encontrar refugio en un pequeño grupo de gente con una misma sensibilidad, más atentos a las exigencias del Evangelio. Pero con una mirada afinada por las lecciones de la historia, comprendemos que los visionarios de hoy se convierten rápidamente en los conformistas de mañana, y entonces el proceso de división prosigue, conduciendo a la parcelación de los discípulos de Cristo en una multitud de sectas indiferentes u hostiles las unas con las otras. Si bien puede ser útil -a veces incluso necesario- concentrar un poco la levadura con el fin de optimizar su acción, no olvidemos que no podemos quitarla de la masa sin riesgo de arruinar todo el proceso.

En otra de sus parábolas, Jesús nos pone explícitamente en guardia contra tal eventualidad. Describiendo un campo donde el buen trigo y las malas hierbas están enredados, previene de toda tentativa intempestiva de separarlos por el riesgo de estropear todo el trabajo. Un discernimiento que conduzca a una selección no puede darse más que en el momento de la cosecha e, incluso ahí, no se dará por obra de los hombres, sino de Dios (ver Mateo 13, 24ss; cf. 13, 47ss)

¿Significa esto que debemos sencillamente tolerar todas las infidelidades de los discípulos de Cristo, o incluso considerarlas como la consecuencia inevitable y normal del intento de vivir el

Evangelio? Todo lo contrario, Jesús mismo es firme a este respecto:

«Es imposible que no vengan escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vienen! Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. Andad, pues, con cuidado. (Lucas 17, 1-3; cf. Mateo 18, 6-7)

De igual manera, san Pablo se enfrentará a los que sostiene que, si Dios puede hacer uso del pecado para alcanzar sus fines, el mal está justificado, e incluso es necesario:

Y ¿por qué no hacer el mal para que venga el bien, como algunos calumniosamente nos acusan que decimos? Esos tales tienen merecida su condenación (Romanos 3, 8)

Así pues estamos invitados a mantenernos en el corazón de una tensión por momentos crucificante: buscar la voluntad de Dios con todas nuestras fuerzas, rechazando desmarcarnos de aquellos que, comprometidos en el mismo camino, se quedan rezagados o están en trance de perderse. Si no, corremos el riesgo de eliminar todos los escándalos al precio de un escándalo aún más grande, el de rasgar la túnica sin costura de Cristo.

Discernir el Cuerpo

Retomemos nuestra cuestión desde el principio. He aquí que hace dos mil años un hombre apareció en

Palestina con un mensaje insólito. Anunció al pueblo de Israel la buen anoticia de que sus esperas centenarias estaban a punto de cumplirse “¡El Reino de Dios está cerca!” (Marcos 1, 15). En otros términos, Dios toma las riendas, ofreciendo a los humanos una comunión con él que lleva inevitablemente a una comunión entre ellos, a la transformación de la tierra en un reino de justicia y de paz. Para Jesús, sin embargo, ese Reino tan deseado debía llegar de manera un poco desconcertante. Lejos de ser una obra caída del cielo, ya terminada, que suprimiera a golpe de varita mágica las imperfecciones de este mundo, se trata más bien de una lenta transfiguración de las realidades humanas “desde lo más bajo”. Dios actúa así desde un pleno respeto por la libertad humana, para que la respuesta a su llamada venga sin coacción de los corazones confiados. Esta respuesta confiada del corazón humano (“la fe”), que se traduce enseguida por actos exteriores, se convierte por consiguiente en el fundamento mismo de la presencia de Dios en la tierra.

“¡Convertíos y creed en la buena nueva!” (Marcos 1, 15b). La transfiguración del mundo comienza allí donde los hombres y las mujeres, movidos por una llamada interior percibida en lo más profundo de sí mismos, miran más allá de las apariencias para discernir en Jesús al Enviado de Dios. Disponiéndose a seguirle, ocupan su lugar en el seno de la comunidad de los discípulos, los que se quedan junto a Jesús y son enviados hacia los demás en su nombre (cf. Marcos 3, 14)

Tras la muerte y la resurrección de Jesús, es esta comunidad la que toma el relevo. Tiene como vocación continuar anunciando el mensaje de una comunión reencontrada con Dios y entre los humanos y de anticiparla por su manera de vivir. Invitando a los que les escuchan a entrar en esa comunión e incorporándolos por el bautismo, celebrando su unidad en la eucaristía, la asamblea de discípulos de Cristo (llamada en el Nuevo Testamento *ekklêsia*, la Iglesia), se convierte en esta tierra en la proclamación y el germen de la gran obra que Dios está cumpliendo. Según la fórmula lapidaria del Concilio Vaticano II, la Iglesia es “el sacramento, es decir, al mismo tiempo signo y medio, de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Constitución sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, 1)

Al mismo tiempo, a causa de la manera divina de proceder, la presencia y la actividad de Dios en la comunidad de los discípulos de Cristo no saltan a la vista, sino que han de ser *discernidas*. Frente a la Iglesia, los humanos son puestos ante una elección análoga a aquella con la que se veían confrontados por Jesús durante su vida terrena, e incluso tras su resurrección (ver Mateo 28, 17). ¿Son capaces de superar las apariencias, a menudo contradictorias, para descubrir la actuación de Dios? En el lenguaje de San Juan (cf. Juan 6, 26.36), ¿pueden leer correctamente el signo para creer? Pero, sólo que, en relación a la Iglesia, este discernimiento es más complejo que frente al Jesús histórico. La dificul-

tad de ver a Dios en Jesús de Nazareth residía en su miseria humana. Ahora bien, esa paradoja de la fuerza divina en la debilidad humana está presente igualmente en la vida de la Iglesia, pero a menudo queda oculta por otra dinámica: el rechazo a esa debilidad por parte de los miembros de la Iglesia, incluso de sus responsables, y el intento correspondiente de modelar la comunidad cristiana según los criterios de la sociedad del momento.

Tal falta de confianza en la fuerza divina tiene consecuencias extremadamente graves. En la medida en que la comunidad de los discípulos de Cristo busque “triunfar” humanamente, oscurece el rostro de Cristo crucificado y resucitado, reemplazándolo por una máscara, quizás de factura impecable pero, a fin de cuentas, sin vida. Por consiguiente, decepciona a los que en ella buscan el agua viva prometida por Cristo, engendrando en ellos la indiferencia o la voluntad de huir. De igual modo, atrae ante todo a los que buscan en ella algo distinto al Evangelio, por ejemplo la justificación de tal o cual manera de vivir o la defensa de una nación o de una civilización. Desde luego, la gente viene a Cristo por múltiples razones y nadie tiene derecho a rechazarlas (cf. Juan 6, 37). Como ocurrió durante el ministerio terreno de Jesús, los que en principio vienen por motivos interesados pueden más tarde descubrir el tesoro del Evangelio y experimentar una conversión. Esto no quita que los adeptos a un “cristianismo sin Cristo” no ayuden a la Iglesia a vivir la vocación que le es propia y

a apostar fuertemente por la senda recta y estrecha del testimonio.

No es casual que a menudo en los periodos en que la Iglesia es deshonrada por la sociedad del momento comienza a reencontrarse con su fisonomía auténtica. No se trata en absoluto de complacerse en un “complejo de persecución”, sino de reconocer que la persecución llega muchas veces como una gracia, en la medida en que aleja a la Iglesia de los poderes de este mundo y evidencia su identidad en fidelidad a su fundador.

No obstante, si bien una purificación permanente de la comunidad cristiana es pues esencial para su misión, no debemos por ello imaginar que la Iglesia, peregrina en la historia, pueda jamás dar testimonio de la presencia de Dios sin ambigüedad alguna. Un acto de discernimiento se revelará siempre necesario, implicando una superación de las apariencias a menudo opacas y muchas veces incluso repulsivas. Tal y como ocurrió con Pedro (ver Mateo 16, 15-17), y con el “buen ladrón” (ver Lucas 23, 40-43), esa mirada no puede sino venir como una gracia, un don inmerecido de clara visión.

Salir del laberinto de la división

A falta de esta purificación y de este discernimiento, la comunidad de los discípulos de Cristo entra fatalmente en una dinámica de división. Una discordancia ruinoso se produce en nuestra mente

entre Cristo, tal y como lo vemos en el Nuevo Testamento, y su Cuerpo, tal y como lo constatamos a nuestro alrededor. Y esa discordancia se concreta al poco en las relaciones entre los creyentes. Volviendo a las categorías de las parábolas, intentamos extraer la levadura de la pasta para usarla en otro lugar, desenraizar la semilla para plantarla en una tierra más propicia. O bien tratamos de quitar todas las malas hierbas y tirarlas fuera. En resumen, imaginamos que podemos construir una Iglesia ideal a fuerza de (buena) voluntad y con los medios de los que disponemos. Siendo la realidad humana la que es, en un plazo más o menos corto, tales intentos se saldan con un fracaso y el proceso vuelve a comenzar. Al final, la parcelación del pueblo cristiano hace todavía más arduo el discernimiento del Cuerpo de Cristo, lugar de reconciliación irremplazable, con Dios y entre los humanos.

Constatamos los resultados de este proceso centenario en el paisaje cristiano a nuestro alrededor. No se trata de rehacer el proceso histórico y de criticar a nuestros antepasados. Sin la ventaja de una mirada retrospectiva, sin duda estas cuestiones les parecieron bien distintas. Nuestra tarea es más bien consumir las palabras del papa Juan XXIII, a menudo citadas por el hermano Roger, el fundador de Taizé: “No buscaremos averiguar quién se equivocó o quién tuvo razón; las responsabilidades son compartidas; diremos solamente: ¡Reconciliémonos!”. En nuestro siglo, esta reconciliación comienza fuertemente por una nueva toma de

conciencia de la realidad de la Iglesia y la voluntad firme de dejar atrás, de una vez por todas, esas mezquinas querellas que sirven tan sólo para reforzar una identidad estrecha a costa de los demás.

Respondamos, pues a nuestra pregunta inicial: sí, necesitamos de la Iglesia, puesto que es el lugar donde la levadura del Evangelio se encuentra con la masa humana en toda su opacidad. Lejos de ser una pista falsa, una enojosa alternativa al Reino de Dios, la Iglesia es el medio en el cual dicho Reino toma forma de manera plenamente realista, tomando en cuenta al ser humano en su miseria como en su grandeza. El camino hacia una vida auténtica no pasa por un Cristo ideal, desencarnado, accesible tan sólo por una reconstrucción histórica, sino por el “Cristo de comunión”, vivo y misterioso, es decir, el Cristo que atraviesa los siglos en la comunidad de hombres y mujeres que caminan tras sus huellas. Por inverosímil que esto pueda parecer, entraremos en relación con él a través de esta comunidad; de otro modo no le encontraremos en absoluto.

Este discernimiento del misterio de Cristo presente en la Iglesia corre parejo al compromiso de hacer de la comunidad cristiana el lugar donde este misterio resplandezca siempre más. Y esto no puede comenzar sino por nosotros mismos. Cuanto más sigamos el camino del Evangelio, renunciando a toda tentativa de hacer triunfar nuestra causa por los medios de este mundo, más eliminamos de la Iglesia el maquillaje artificial que la vuelve irreconocible y más restau-

ramos la belleza auténtica “sin mancha, ni arruga ni cosa parecida” (Efesios 5, 27)

En nuestros días, una nueva toma de conciencia de la realidad de la Iglesia en toda su amplitud, dicho de otro modo, un discernimiento del Cuerpo de Cristo, se revela como el camino ineludible para hacer posible el futuro de la fe cristiana. El gran mérito de lo que llamamos el movimiento ecuménico del siglo pasado es haber conducido a este descubrimiento. Antes se identificaba en general a la Iglesia de Dios con la propia comunidad de fe, relegando a los otros creyentes a las tinieblas exteriores del olvido o el menosprecio. O bien se minimizaba la importancia de la comunión visible entre los cristianos, poniendo el acento en la fe personal o, como mucho, vivida en un pequeño grupo. La unidad y la universalidad de la Iglesia eran consideradas bien como puramente visibles, es decir, determinadas sin reserva por las estructuras sociológicas y jurídicas que organizan a una parte del pueblo cristiano, o bien como puramente invisibles, conocidas sólo por Dios. Y, en los dos casos, se consideraba a la Iglesia en términos estáticos, como una realidad ya consumada.

La lógica de la encarnación evidenciada a lo largo de estas páginas permite comprender los límites de una visión así. Al igual que la vida de su fundador, la comunidad cristiana, tal y como se refleja en los libros del Nuevo Testamento, no es en absoluto invisible: está compuesta por mujeres y hombres de carne y huesos, reunidos por la predicación de

la Buena Noticia, que viven una vida común en el seno de la historia humana. Al mismo tiempo, su realidad empírica, necesariamente incompleta, salpicada por múltiples inconsecuencias y divisiones, no corresponde plenamente a su identidad profunda, la de ser “« la propuesta de hechos de una comunión universal en Dios » (ver *Los Cuadernos de Taizé*, 3). No podemos discernir esta identidad más que por la mirada de la fe, sobrepasando las apariencias a menudo engañosas para percibir al Dios que actúa en la miseria humana. Esta mirada lo ve todo, por así decirlo, desde la perspectiva de su cumplimiento en Dios. Permite a las personas todavía en camino atisbar el gran árbol habitado por todos los pájaros y captar su identidad con el pequeño grano de mostaza. Ve a la Iglesia como una comunión universal en perpetuo devenir (ver Efesios 4, 16)

En lo que concierne a los cristianos en plena comunión con la sede de Roma, fue el concilio Vaticano II (1962-1965) lo que marcó un desarrollo significativo a este respecto, notablemente en la constitución *Lumen Gentium*. En la teología católica preconiliar tras la Reforma, había una virtual identificación de la Iglesia de Cristo con la Iglesia romana. Y he aquí que, en este documento, se dice que, si la Iglesia “constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él” (puesto que no podría ser una realidad puramente invisible o futura, y una real continuidad

la une a la Iglesia de los inicios, notablemente a través del ministerio y de los sacramentos), sin embargo “pueden encontrarse fuera de ella muchos elementos de santificación y de verdad”, lo que hace imperativo el movimiento hacia una mayor unidad (*Lumen gentium*, 8). Estas palabras, demasiadas veces utilizadas de manera contradictoria, no sin la complicidad de los medios de comunicación, insuficientemente informados e incluso apasionados por la controversia; son de hecho la norma de una “eclesiología de comunión”, que admita grados diferentes de comunión en las relaciones entre cristianos y entre sus comunidades. La Iglesia es vista aquí como una realidad compleja en vías de desarrollo, un misterio de fe que en definitiva se hace uno con el misterio de Cristo.

Tal conversión de la mirada es el paso esencial para salir del escándalo de nuestras divisiones. Todo ello se vuelve evidente si consideramos el *skandalon* bíblico por excelencia – la cruz de Cristo. La cruz desconcierta de las dos maneras ya constatadas: testimonia la debilidad inimaginable de Dios (“¡Que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido!” Lucas 23, 35) y, al mismo tiempo, la incapacidad de su pueblo para discernir el día en que Dios le visita (Lucas 19, 44) y para vivir a la altura de su vocación (“¡Cru-cifícale! No tenemos más rey que el César.” Juan 19, 15). Ahora bien, es precisamente en este lugar del doble *skandalon* donde Dios se hace presente, en el corazón de la historia humana marcada por el mal. Para quien sabe ver, enton-

ces, este lugar de maldición (ver Gálatas 3, 13) se convierte en fuente de vida y de unidad, el único pórtico que se abre a la resurrección.

De manera análoga, es tan sólo discerniendo en la Iglesia cristiana, vista en toda su extensión, el *totus Christus*, el “Cristo de comunión” que se comunica a través de los siglos, que encontraremos la clave para pasar del invierno de nuestras inconsecuencias a una primavera de reconciliaciones, para nosotros mismos así como para el mundo entero. ¿Necesitamos, pues, la Iglesia? Sí, puesto que en último término ésta ofrece el único acceso al misterio de Dios hecho carne para atraer a todos los humanos hacia él (ver Juan 12, 32). Si puede tomar, a ejemplo de su Maestro, el aspecto de una “piedra de tropiezo y roca de escándalo” esta piedra es, de hecho, “la piedra angular” de la morada de Dios entre los hombres. En nosotros, firmemente unidos a Cristo, está, pues, ser piedras vivas que formen, todas juntas, un edificio espiritual, donde pueda ofrecerse un culto agradable a Dios (ver 1 Pedro 2, 4-10). Contemplando a Cristo presente en su Cuerpo, resucitado pero portador todavía de las llagas de su pasión, nos convertiremos cada vez más en ese Cuerpo, lugar donde el universo se abre al misterio deslumbrante de Dios.